

David Kidd

Historias de Pekín

Prólogo de Manel Ollé

Traducción de Marta Alcaraz

Libros del Asteroide 

Primera edició, 2005

Títol original: *Peking Story*

Queda rigurosament prohibida, sin la autorització escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© *David Kidd*, 1988

© de la traducción: Marta Alcaraz, 2005

© del prólogo: Manel Ollé, 2005

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.

Fotografía de portada: John Wang / Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.

Santa Magdalena Sofía, 4

08034 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-5-9

Depósito legal: B 319-2006

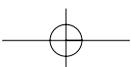
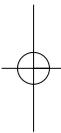
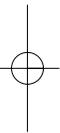
Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

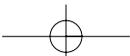
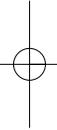
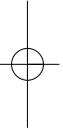
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

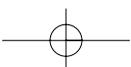
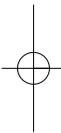
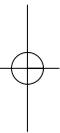
Este libro está dedicado a la memoria de mi benefactor,
John Leighton Stuart, que fue el embajador de Estados
Unidos en China de 1946 a 1949.





Prólogo





Ecós lejanos de una ciudad abolida

Hay ciudades que parecen soñarse a sí mismas. La gran mayoría de sus habitantes viven ajenos al reverso legendario de las calles que transitan. Conviven con su ciudad sin prestarle apenas atención, como un ruido de fondo y un atasco infinito. Pekín es una de estas megalópolis del siglo XXI, atareadas y vulgares, habitadas sin saberlo por sueños literarios en fuga. Escribió Francisco de Quevedo en su soneto *A Roma sepultada en sus ruinas*: «Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!, y en Roma misma a Roma no la hallas». Lo mismo podría decirse de Pekín.

Muy poco podrá grabar del viejo Pekín en la memoria de su cámara digital el moderno peregrino que se acerca a la todavía hoy capital imperial del norte. Apenas una docena de islotes: templos, parques y palacios salvados milagrosamente de la furia iconoclasta de la revolución cultural sobreviviendo en medio de un bosque de grúas, autovías de circunvalación, anuncios luminosos y rascacielos en construcción. El espejismo olímpico se está encargando de aventar las últimas brumas de un pasado irremediamente abolido. Ciertamente, los *hutong*, los callejones llenos de tipismo y sabor inmemorial del viejo Pekín, eran nidos insalubres de fría y húmeda incomodidad para sus habitantes,

XII PRÓLOGO

pero no era la simple demolición sistemática la única solución posible. Ni la salvaguarda de unos pocos callejones reconvertidos en parque temático de cartón piedra para solaz de las legiones de turistas en procesión.

Entretanto la ciudad no ha dejado nunca de soñarse a sí misma. La conjunción de vidas cruzadas y la presión en un solo punto del mapa de siglos de historia acumulada cristalizan en páginas de ficción, memoria y leyenda. El tenue aroma inconfundible de las ciudades literarias lo perciben como nadie los recién llegados y los que se saben irremediabilmente extranjeros, de paso en ellas. Nunca ha faltado quien vele y quien cifre este sueño, de madrugada, sentado ante el parpadeo de una luz vacilante o de una pantalla de cristal líquido. Son unas cuantas las ciudades capaces de despertar una fascinación enfermiza e incurable en los extranjeros que en ellas han residido; pero son pocas las ciudades capaces de brindar relatos incluso a aquellos que nunca las han visitado. Pekín es una de estas raras ciudades esencialmente literarias.

Hay quien pone en duda que Marco Polo hubiese llegado a visitar nunca Cambaluc (nombre mongol de Pekín): no aparecen en su prodigioso *Il Milione*, ni el té, ni los palillos empleados para comer, ni los pies vendados de las mujeres chinas, ni la Gran Muralla. Son todas ellas omisiones sospechosas pero no concluyentes: lo que hoy nos parece definitorio de una ciudad era posiblemente irrelevante a finales del siglo XIV a ojos del comerciante veneciano. Así, por ejemplo, la gran muralla, que por entonces estaba evidentemente en desuso, puesto que de bien poco podía servir al poder mongol de Kublai Khan... como no fuese para protegerse de sí mismo.

En *El otoño en Pekín* de Boris Vian ni siquiera los personajes de la novela llegan a mencionar ni a acercarse remo-

tamente al otoño de la vieja capital imperial, atrapados por siempre en el bucle de un obsesivo y absurdo viaje en autobús. El suizo Max Frisch tampoco estuvo nunca en China, y tampoco el protagonista de *Mi o el viaje a Pekín*, novela breve que escribió a finales de la segunda guerra mundial, mientras Europa se hundía en la barbarie. Pekín se convertía en su libro en el lugar en el que reside la sabiduría, flor azul y lugar inalcanzable por definición. Siguiendo los pasos del *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis, la *nouvelle* de Max Frisch narra el viaje iniciático que emprende el hombre que se resiste a ser destruido por el presente. Sintomáticamente la última frase de la novela reza así: «Pekín, adonde nunca podré llegar».



Hasta fechas muy recientes, Pekín ha contado con una colonia extranjera reducida y peculiar. Un ilustre precursor en el subgénero de los relatos debidos a la pluma de diplomáticos extranjeros es el británico Lord MacCartney. Empezó en 1792 un fallido viaje de embajada ante el emperador manchú Qianlong. Fracásó en su intento de establecer relaciones diplomáticas entre el Imperio Británico y el Imperio Chino porque en Pekín nunca consideraron aquel viaje como nada más que un intercambio de presentes sin mayor trascendencia, y porque el lord británico se negó en redondo a postrarse por completo ante el emperador chino, dando con la frente en el suelo en el *kowtow* ritual. En su relato el lord auguraba, sin mucho tino, que en pocos años los pekinenses abandonarían sus palillos y se servirían de cucharas y tenedores en sus mesas.

A mediados del siglo XIX las guerras del Opio forzaron la apertura comercial y diplomática, inaugurando un siglo

XIV PRÓLOGO

de intrusión colonial extranjera en China. Misioneros, diplomáticos, militares, comerciantes, viajeros curiosos y sinólogos de vario pelaje empezaron a frecuentar las grandes avenidas y las estrechas callejuelas de Pekín, y a enviar a la metrópolis occidental noticias y relatos de lo que allí encontraban. Entre ellos destaca Pierre Loti, viajero impenitente y oficial de la marina francesa, que plasmó en una serie de crónicas, recopiladas en forma de libro bajo el título de *Los últimos días de Pekín*, los azarosos tiempos de la guerra de los Bóxer, en 1900, cuando un levantamiento antiextranjero en Pekín obtuvo como respuesta el ataque combinado de una fuerza aliada en contra del Imperio Chino. Pierre Loti constata la decadencia súbita de la ciudad, desvencijada tras la rebelión y tras la entrada triunfante de las tropas extranjeras de las que él mismo formaba parte: «Pekín ha envejecido aún más desde mi viaje de otoño, envejecido al menos un siglo o dos; y la insolación de abril acentúa su decrepitud, lo sumerge de una forma más definitiva entre las ruinas irremediables; lo siente uno acabado, sin posibilidad de resurrección».

El poeta Paul Claudel se pasó diez años en China, entre 1895 y 1905 en diferentes puestos del servicio diplomático francés. Dejó constancia de su fascinación por China en general y por Pekín en particular en numerosos escritos. Sin olvidar las legiones de «mendigos, leprosos y todas las tripas al aire» de la China imperial agonizante, no podía dejar de confesar un amor incurable por China. Paul Claudel cifraba toda su admiración por los chinos en su «espontaneidad» y en una «sabiduría vital enraizada en el gusto y el instinto».

Pero no hay que olvidar que durante los años en que el poeta-diplomático se enamoró de China, Francia participó en la fuerza aliada de 1900 que atacó Pekín e impuso al

Imperio Chino una abultada indemnización de 1.750 millones de francos, doce veces la renta nacional del imperio en aquellos años. Los holandeses utilizaron parte de aquella indemnización para nutrir la ingente biblioteca que reside en su principal centro sinológico, en la Universidad de Leiden. Hay amores que matan, y los amores coloniales son de ese tipo.

El ensueño orientalista tiñe de belleza opiácea las percepciones occidentales del viejo Pekín. El palestino Edward Said decodificó los complejos mecanismos de este juego de proyección de prejuicios y brumas eurocéntricas sobre tierras lejanas. La idealización de la belleza y la sabiduría oriental constituyen el reverso de la acción colonial, presuponen la superioridad moderna de Europa, que expulsa a Oriente fuera del tiempo, y lo convierte en paraíso varado y ucrónico para degustación de estetas y aventureros del espíritu.

Victor Segalen llevó al extremo la idealización de China: la convirtió en el *País de lo Real*, en mayúsculas: una especie de suprarealidad en la que reinventarse y fundirse. Abogó por una estética de lo diverso, convirtió el exotismo en la religión de sentir lo diverso y reconocer su belleza; abjuró de Pierre Loti en particular y de los turistas en general, tildándolos de «proxenetas de la sensación de lo diverso». Victor Segalen vivió en China la caída del imperio y los primeros años del regeneracionismo republicano, pero nada de ello queda consignado en sus escritos. Su China soñada habita unas coordenadas intemporales, tan ajenas al devenir histórico de sus tiempos como las gélidas y agostadas llanuras asiáticas que protagonizan *Anábasis* (1924), una de las cumbres de la poesía europea del siglo XX, del también poeta y diplomático Saint-John Perse, que residió en China entre 1916 y 1921. En 1914 Victor Segalen inicia una carta a un amigo con

XVI PRÓLOGO

estas palabras: «Pekín os ha reclamado con una nostalgia a la que no he sabido qué responder». A su muerte dejó inacabado un poema, *Le Thibet*, que abunda en la conversión de la tierra de los lamas en mito viviente.

Son unas cuantas las voces que nos permiten oír la resonancia del eco del viejo Pekín en la escritura de sus residentes extranjeros. Reginald F. Johnston fue el tutor del último emperador manchú, Puyi. En 1934 publicó *Twilight in the Forbidden City*, un relato sobre la vida cotidiana en la Ciudad Prohibida durante los años que siguieron a la caída del imperio. Anne Bridge, esposa de un diplomático británico en Pekín reflejó la vida del distrito pekinés de las legaciones extranjeras de la década de los años treinta en una serie de novelas con títulos como *Peking Picnic* (1932), hoy completamente olvidadas pero de gran venta y difusión en su tiempo; en ellas se suceden las *cocktail parties*, las carreras de caballos, los enredos sentimentales y los problemas con el servicio doméstico. No debemos tampoco olvidar las célebres novelas de Pearl S. Buck, la hija de un misionero protestante que, tras cuatro décadas pasadas en China, hablaba con tanta fluidez el chino como el inglés. Pearl S. Buck ganó el premio Pulitzer en 1931 con *La buena tierra* y el Nobel de 1938 con el conjunto de su obra, una empática visión de las mujeres y los campesinos chinos que ha sido calificada por el sinólogo James C. Thomson como la más influyente y leída reinención de China desde Marco Polo hasta nuestros días.



El autor del delicioso y sugestivo libro que aquí se prologa, David Kidd (1927-1996), llegó a Pekín en 1946, con apenas veinte años, gracias a un programa de intercambio uni-

versitario. Había cursado estudios de lengua china en Michigan y se disponía a profundizar en el estudio de la siempre elusiva y sutil poesía clásica china en la universidad Yenching, una de las más famosas universidades de los misioneros cristianos, que más tarde sería asimilada a la Universidad de Pekín. Conoció a la que sería su esposa, Aimee Yu, la hija de un juez del tribunal supremo, emparentada con la vieja aristocracia manchú, en un teatro de ópera de Pekín. La muerte del padre de la joven y el triunfo de la revolución maoísta precipitaron aquel inusual matrimonio entre una joven aristócrata pekinesa y un norteamericano procedente de las llanuras de Kentucky.

David Kidd decidió fijar por escrito los recuerdos de sus cuatro años vividos en Pekín (1946-1950) al cabo de una década de su partida de la vieja capital imperial. La primera versión del libro que aquí se prologa se tituló *All the Emperor's Horses* (1960). Décadas más tarde, en 1988, David Kidd publicó una segunda versión ampliada y rebautizada del libro, que incluía una visita al nuevo Pekín de inicios de la era de la reforma y la apertura de Deng Xiaoping. Esta es la versión que aquí podemos leer.

Coincidió en un empeño memorialístico similar al de David Kidd, y también a principios de la década de 1960, John Blofeld en *City of Lingering Splendour: A Frank Account of Old Peking's Exotic Pleasures* (1961). John Blofeld rescata en su libro el Pekín de los callejones de «sauces y flores», de las casas de placer, de los restaurantes selectos, de los salones de té y la bohemia dorada de algunos círculos extranjeros de Pekín que también David Kidd conoció. John Blofeld es un autor de referencia entre los interesados en la religiosidad y el misticismo chinos por sus libros sobre el budismo tántrico, el taoísmo esotérico y por la que, probablemente, es la más literal y fiel traducción del *Libro de*

XVIII PRÓLOGO

los cambios (Yijing). John Blofeld es uno de los muchos protagonistas secundarios del libro de David Kidd. Aparece justamente guiando a sus protagonistas en una inocua y breve incursión en el mundo de la prostitución elegante y sofisticada del barrio de Qian Men.

David Kidd vivió un momento crucial de la accidentada historia de la China del siglo XX desde una posición insólita. Instalado en el corazón de Pekín, en el interior de la inmensa y lujosa pero decrepita mansión de la familia Yu, con sus colecciones de bronce, caligrafías, jades y otras antigüedades, con sus jardines, estanques y pabellones, David Kidd relata el advenimiento del poder comunista sin recurrir en ningún momento a la épica al uso en este tipo de lances. Como una inmensa nave embarrancada en las arenas de la historia, la mansión de los Yu se convierte en un reducto de precaria pervivencia de todo un mundo en extinción.

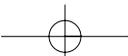
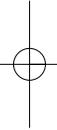
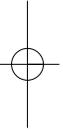
En tono menor, mezclando evocadores colores elegíacos con pinceladas de eficazísima comicidad, David Kidd evoca aquellos convulsos años a través de relatos vivaces y apuntes al natural, evitando sermonear, dejando que los detalles y los pequeños gestos hablen por sí solos. Son especialmente vibrantes los retratos de los habitantes de la mansión, intentando mantener viva la llama de un fuego extinto, organizando ceremonias y fiestas de disfraces desesperadas, intentando ignorar lo que les rodea, jugando al mah-jong mientras desde los tejados los vigilan las brigadas populares, custodiando reliquias ya sin valor...

La pasión de David Kidd por el coleccionismo de arte y la promoción de las tradiciones artesanales de Asia Oriental se reflejan en estas *Historias de Pekín*. Presenciamos la extinción de unas formas de vida que se cifran en la imagen de una serie de incensarios de bronce ininterrumpidamen-

te encendidos desde que fueron forjados en plena dinastía Ming, en el siglo xv. La *damnatio memoriae*, la pulsión iconoclasta y de destrucción de todo lo antiguo que se desata en los pliegues convulsos de todo terremoto histórico, constituye uno de los temas centrales de este libro.

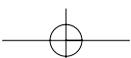
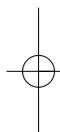
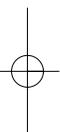
En 1950, a su vuelta a Norteamérica, David Kidd fue paradójicamente acusado de filocomunista por el macartismo imperante. Ya divorciado de la joven Aimee Yu, en 1956 se trasladó Japón. Se dedicó al coleccionismo de arte y a la docencia universitaria. Unió su vida profesional y amorosa al velador de su memoria, Yasuyoshi Morimoto. Junto con él abrió en 1976 la escuela de artes tradicionales japoneses en la Fundación Oomoto. La casa de David Kidd en Kioto, llamada *Togendo*, se convirtió en lugar obligado de peregrinación para los jóvenes bohemios europeos que circulaban por Japón. Es conocida su amistad con David Bowie. Todavía hoy se puede visitar el *Café David*, cerca del Museo Cultural de Kioto, en el que el que fue su compañero en las últimas décadas de su vida, Yasuyoshi Morimoto, ha reconstruido el ambiente de aquella mansión tradicional. Lleva también el nombre de David Kidd una fundación dedicada a la investigación sobre el SIDA. Las *Historias de Pekín* constituyen un episodio más en una biografía novelesca y singular: un episodio crucial, que tenemos ahora el privilegio de revivir a través de la lectura.

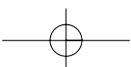
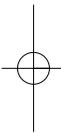
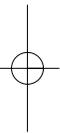
MANEL OLLÉ





Historias de Pekín





Introducción

Pekín fue mi hogar desde 1946, dos años antes de la revolución comunista, hasta 1950, dos años después. Yo era la mitad americana de un intercambio entre la Universidad de Michigan –en la que estudiaba cultura china– y la Universidad de Yenching, en Pekín, así que partí hacia China tan pronto como me licencié y llegué a Pekín en el otoño de 1946. Me faltaban dos meses para cumplir veinte años.

Pekín era exactamente como lo había imaginado: una inmensa ciudad medieval de cerca de un millón de habitantes y cuarenta kilómetros cuadrados cuyos fosos y murallas custodiaban los palacios, las mansiones, los jardines, las tiendas y los templos de lo que, en tiempos, había sido el centro del mayor imperio del mundo. No conocí a nadie que no se hubiera dejado cautivar por la ciudad; si no caías rendido el primer día, no pasaba más de una semana antes de que Pekín te hubiera conquistado. Cuando llegué ya hablaba algo de chino gracias a los esfuerzos del señor Tian, mi profesor de chino en Michigan.

Dieciséis puertas dobles fortificadas atravesaban las imponentes murallas exteriores de Pekín y, ya en el interior de la ciudad, el Palacio Imperial, conocido como la Ciudad Púrpura Prohibida, estaba protegido por más murallas y fosos.

4 DAVID KIDD

Aquella ciudad dentro de otra ciudad había sido la inmóvil estrella polar púrpura, el eje vertical que comunicaba el cielo con la tierra y alrededor del cual giraba el planeta. Sentado en su excelso trono del salón principal de este enorme complejo de edificios, el emperador miraba al sur. Miraba hacia el eje horizontal de la ciudad que se arqueaba al pasar por las puertas monumentales; miraba hacia el meridiano sagrado a través del cual el poder imperial se extendía por toda China y, desde allí, por el mundo entero.

Durante mis primeros meses nunca imaginé que viviría el último asedio de la mayor ciudad amurallada del mundo, ni que me casaría con la hija de una de las familias más antiguas y aristocráticas de Pekín. En cambio, me dediqué con fruición a conocer los alrededores y a hacer amigos entre los colegas de la Universidad de Yenching, donde estudiaba poesía china, y de la Universidad de Qinghua, donde enseñaba inglés. Más tarde conocí a aquel extraordinario grupo de extranjeros que habían hecho de Pekín su hogar. La ciudad nos invitaba a quedarnos, a instalarnos en una preciosa casa antigua, a disfrutar de sus patios a la sombra de los cedros, a organizar fiestas para admirar la luna o los jardines cubiertos de nieve. Pekín tenía el poder de tocar, transformar y embellecer a todos cuantos vivían entre sus antiguas murallas.

Sólo quedan unos pocos de aquellos occidentales que vivieron en la ciudad; no seremos más de una veintena repartidos por todos los rincones del mundo. Siempre tuve la esperanza de que algún académico joven y brillante –becado generosamente– se interesaría por nosotros y por nuestros amigos chinos antes de que fuera demasiado tarde, de que estuviéramos todos muertos y las maravillas que habíamos contemplado quedaran sepultadas en el olvido.

Pero ese joven brillante aún no ha aparecido. Por lo que

INTRODUCCIÓN 5

sé, soy el único cronista con material de primera mano sobre esos años extraordinarios que vieron el final de la vieja China y los comienzos de la nueva.

DAVID KIDD
Kuyojama, Kioto

1. Dragones, bebés rosados y asuntos consulares

A finales de enero de 1949 Pekín se rendía con dignidad al invencible ejército comunista. Pocos días después, mi prometida –una joven china– me telefoneaba para decirme que su padre, enfermo desde hacía mucho tiempo, se estaba muriendo. Si no nos casábamos de inmediato, dijo Aimee, tendríamos que hacernos a la idea de esperar al menos un año a que finalizara el duelo, como exigía la tradición china. Celebrar una boda en un momento como ése podía parecer una falta de respeto, y tampoco podíamos adivinar cómo reaccionarían las autoridades chinas ante el matrimonio de la hija de un «capitalista burócrata» con un profesor americano, pero el futuro era ya tan incierto que decidimos seguir adelante con nuestros planes. Cuando se los comunicamos, la familia de Aimee no se opuso, pero como temíamos pudieran causarles problemas, todos convinimos en que los mantendríamos en secreto, al menos durante un tiempo.

Había conocido a Aimee un año antes, en un teatro de ópera de Pekín situado en la ciudad meridional. Había reservado un palco en el primer piso y, en el calor de aquella noche de verano, me abandonaba al pasatiempo favorito de los aman-

tes de la ópera de Pekín: comer pipas de sandía saladas y beber una taza de té tras otra; los camareros se ocupaban de ir rellenando la tetera de vez en cuando. Advertí que el palco a mi izquierda estaba aún vacío, pero sabía que los más avezados nunca llegaban hasta pasadas las diez, momento en que los mejores actores salen a escena. Esa noche cerraba el programa Xiao Cui Hua, insuperable en el papel de jovencita coqueta. Xiao Cui Hua era de los pocos actores chinos que todavía calzaban las zapatillas de baile con puntera con que mejor se imitaban los pies vendados y el andar bamboleante de las mujeres de clase alta.

Acababa de terminar una pieza y un cartel anunciaba ya que Xiao sería el último en actuar cuando, en el palco de al lado, los camareros comenzaron a cubrir los respaldos de las sillas con fundas de seda roja y a preparar tazas y teteras. En ese mismo instante, un repentino murmullo del público me hizo mirar hacia el final del pasillo. Aimee estaba en la entrada, flanqueada por dos sirvientas vestidas de azul celeste. Llevaba un vestido de seda blanca con cortes en los muslos, ceñido y de cuello alto, y en la mano, donde brillaba un anillo de jade verde, sostenía un abanico de marfil. En el ambiente sofocante del teatro su belleza y elegancia resultaban sobrecogedoras. Por si eso no bastara, la deferencia con que los camareros la condujeron al palco contiguo terminó de convencerme de que se trataba de una dama distinguida. Cuando se sentó advertí en su pelo la cabeza de un alfiler de jade blanco y distinguí un olor a sándalo y jazmín, leve pero refrescante.

La función estaba a punto de empezar e hice señas a un camarero para que me trajera otra tetera. Cuando venía a mi encuentro, Aimee lo retuvo y le hizo un rápido comentario en chino. Después, una vez que el camarero se hubo marchado, Aimee se volvió a mí y dijo, también en chino

aunque mucho más despacio: «El té de aquí es muy malo. Le he pedido que le prepare un té del que he traído de casa». Luego añadió en inglés: «No es más que té corriente, pero espero que le guste». Musité unas palabras de agradecimiento en chino y en inglés.

La última ópera, una comedia, comenzó puntual en cuanto los célebres pies de Xiao surcaron el escenario. El té que por fin me sirvieron era delicioso. Durante la función Aimee y yo no dejábamos de reír a la vez; casi tenía la impresión de haber ido al teatro con ella. Me pregunté si a ella le sucedería lo mismo. En todo caso, cuando la obra terminó y Xiao Cui Hua abandonó definitivamente el escenario, Aimee se presentó y me preguntó, otra vez en un chino muy claro, si me gustaría acompañarla entre bastidores para saludar a Xiao. Acepté encantado.

El actor se hallaba en su camerino, limpiándose el maquillaje con *cold cream* delante del espejo. Mientras tanto, sus ayudantes se afanaban en retirar primero las guirnaldas de piedras de colores brillantes de su peluca negra, y luego la peluca misma con todas sus piezas. Por último le quitaron unas bandas almidonadas de algodón blanco dispuestas sobre el nacimiento del pelo. Al colocarlas aún húmedas, me explicó Aimee, esas bandas tensaban la piel del actor y producían la ilusión de juventud que había admirado en el escenario. Pero sentado ante mí, ya sin maquillaje ni joyas ni bandas almidonadas, Xiao era un viejo común y corriente. Divertida ante mi asombro, Aimee me anotó su dirección y me invitó a tomar el té con ella unos días más tarde. Fue entonces cuando descubrí que sabía tocar el violín, que había aprendido baile gitano –con pandereta incluida– en Pekín, con unas rusas blancas y, para mi sorpresa, que había estudiado Química en la universidad. También me enteré de que era la cuarta hija del antiguo presidente del Tribunal Supremo Chino.

Sólo vi al padre de Aimee una vez. Su madre había muerto. Entonces, con su vestido enguatado de seda azul y su gorro de seda negra, el elegante anciano parecía débil y enfermo, y su piel era casi translúcida. Me recibió en el «estudio del este», un pabellón de la mansión Yu donde, en aquellos momentos, se ocupaba en el examen de un raro par de copas con pie de porcelana. Cuando dejó que las sostuviera me sentí inmensamente honrado. Ahora yacía en su lecho de muerte.

Tal fue el inicio de los acontecimientos que terminarían desembocando en la desconsiderada presteza de nuestra boda.

La ciudad acababa de sufrir un asedio de más de un mes. Me habían apartado de la Universidad Nacional de Qinghua, a unos diez kilómetros de Pekín, donde enseñaba inglés, y vivía en una casita que tenía alquilada en Pekín para los fines de semana y las vacaciones. Me gustaba la dirección: el callejón del Charco de Tofu. Durante el sitio, Aimee me traía soperas llenas de carne de cerdo al anís, bien untuosa, y me invitaba a increíbles festines para dos en la enorme casa de su familia. La identidad de sus proveedores era un secreto, y nunca se lo pregunté. Sólo sé que sin ella, y sin ellos, mis comidas no habrían pasado de arroz aguado.

El asedio se levantó por fin, pero la prohibición de que los extranjeros abandonaran la ciudad persistía, así que continuaba sin poder retomar mis clases. Las tropas comunistas se habían acuartelado en el patio delantero de la casa de Aimee y ataban los caballos en el jardín. Esos caballos se comían las muy preciosas y venerables raíces de crisantemo y terminaron convirtiéndose en el objeto preferido de las quejas de la familia, en franca competencia con los soldados. Los Yu –los dos hermanos y las ocho hermanas de Aimee, sus mujeres y maridos, hijos, tíos y tías; unas veinticinco per-

10 DAVID KIDD

sonas en total— pasaban la mayor parte del tiempo lamentándose. Por aquel entonces los comunistas aún no gastaban mano dura, pero los soldados alojados en los edificios que rodeaban los patios delanteros ocupaban espacio, consumían agua y electricidad —bienes preciosos— y sembraban el descontento entre el servicio.

La familia de Aimee había vivido en la antigua mansión durante generaciones. La mansión —junto con el resto de pabellones y el enorme lago, de más de cuatro mil quinientos metros cuadrados— estaba cercada por un muro, y la conformaban más de cien habitaciones y un auténtico laberinto de pasillos y patios. Ocupaba varias hectáreas y, en tiempos, todas las habitaciones se calentaban por un sistema radiante —por quemadores de carbón que ardían bajo los suelos enlosados—, pero tras la revolución de 1911 el sistema resultó demasiado caro y se instalaron estufas de carbón. Aunque siempre había habido al menos veinte sirvientes en la casa, durante el sitio no llegaban a diez, y más tarde éstos, influidos por los comunistas, se volvieron vagos e insolentes: encendían los fuegos de cualquier manera, si es que los encendían, y servían las comidas tarde y mal. Una vez sorprendieron a un criado que prendía una estufa en la habitación del anciano diciéndole al enfermo —que estaba tan débil que ni siquiera podía hablar— que pronto se vería a quién le iba a tocar encender el fuego. El criado fue despedido y pasó los dos días siguientes lloriqueando en la puerta principal, lo que le ganó las simpatías de los soldados. Éstos, que ya desconfiaban de esa gente que vivía en una casa tan grande, se volvieron tan hostiles y huraños que los miembros de la familia dejaron de utilizar la puerta principal; entraban y salían por otra más pequeña que se abría a un callejón trasero. Las circunstancias eran las menos propicias para una boda.